

fueron fuertes en la guerra y pusieron en huida los ejércitos enemigos. Los fieles Israelitas sintieron y lloraron mucho la muerte de su famoso libertador y de su amable juez, y lo habrían sentido y llorado mucho más, si hubieran previsto la renovación de la idolatría y los desórdenes del Estado que se iban a seguir a esta preciosa muerte.

Israel había quedado libre de la devastación anual de los Madianitas a costa de portentos del Señor y de celo de Gedeón. No había protestas de fidelidad que no hicieran los Israelitas al Señor, ni pruebas de reconocimiento que no diesen a su ministro, mientras que tenían a la vista las asombrosas victorias conseguidas sobre los Madianitas, y por cerca de treinta años vivieron dichosos en estos sentimientos de piedad para con Dios y de gratitud para con su ministro; pero la infidelidad, este vicio capital de los Israelitas, trabajaba, y cuando murió Gedeón habían perdido ya mucho de tan bellos sentimientos. Así se vio que apenas concluyeron las últimas honras del libertador de Israel, cuando de repente abandonaron el culto del Señor y se entregaron al culto de los ídolos de un modo tan escandaloso que llegaron hasta el extremo de hacer un pacto con el ídolo Baal para que fuese su dios. Parecía que les pesaba haber servido por algunos momentos al Dios de Abraham y que les faltaba tiempo para desquitarse. La deserción de las banderas del Señor fue tan rápida y tan general que apenas sería creíble, si no hubiéramos visto ya tantas veces en el discurso de esta historia la inconstancia de este pueblo infiel.

ABIMELEC, SEXTO JUEZ.

Después de este inmenso ultraje hecho al Señor, no debían esperarse ya consideraciones para su fiel ministro. En efecto, parecía que con Gedeón se había enterado cuanto le pertenecía. Nadie tomó en consideración

a los hijos de este grande hombre. Fueron olvidados, ó por mejor decir, fueron despreciados hasta el punto de verlos degollados todos sobre una piedra con la más fría indiferencia. Porte ingrato, pero porte consiguiente; porque un pueblo que se olvidaba del Dios vivo, del Dios omnipotente, no era mucho que se olvidase de un hombre muerto y que ya nada podía. De los que aman y temen a Dios se puede esperar reconocimiento, gratitud, sinceridad, amistad... todo; pero de los que no le aman ni temen ¿qué se podrá esperar? Mas entremos ya en la escandalosa y sangrienta historia de Abimelec, a quien con repugnancia damos el nombre de juez de Israel, porque no hizo más que injusticias; pero se le cuenta entre los jueces, y no es en nuestra mano borrarle de esta lista.

Hemos dicho que Gedeón dejó en su muerte setenta hijos, todos bien nacidos y dignos de su padre, y uno más que para el exterminio de esta numerosa familia había tenido de una mujer de segundo orden, natural de Siquem, ciudad muy populosa y muy notable por los estragos que cometieron en ella los hijos de Jacob. Este hijo malvado era Abimelec. Luego que murió su padre y que vio a las tribus volver a la idolatría, contó con el desamparo que haría de ellas el Señor y con la ocasión de avanzar por cualquier camino a colocarse en un trono, cuya posesión había resistido tan heroicamente su padre. Fue, pues, a Siquem y habló a los hermanos de su madre, diciendo: Hablad a todos los varones de Siquem. ¿Qué es mejor para vosotros, que os dominen setenta hombres, hijos todos de Jeroboal (Gedeón), ó que sea uno solo vuestro señor? Considerad también que soy hueso vuestro y vuestra carne (vuestro pariente); y hablaron a su favor los hermanos de su madre todas estas razones a los varones de Siquem, é inclinaron su corazón tras de Abimelec, diciendo: Hermano nuestro es; y le dieron setenta siclos de plata del templo de Baalberit (dios del pacto idólatrico), con los

cuales tomó á sueldo una tropa de gente mendiga y vagamunda que le siguió á la casa de su padre en Efra, ciudad en donde habian nacido y vivian todos sus hermanos. Cercó sus casas y se apoderó de todos excepto Joatan, el mas jóven, que logró ocultarse. Todos los demás quedaron bajo de su sangriento acero. Luego los llevó, como un hato de corderos, al matadero, y... (aquí se estremece el corazon al contemplarlo y tiembla la pluma al escribirlo) y los degolló uno despues de otro sobre una misma piedra. ¡Qué horror! ¡Sesenta y nueve hermanos degollados por su mismo hermano! ¡Qué espectáculo! ¡Una piedra inundada de sangre y rodeada de los cadáveres palpitantes de sesenta y nueve hijos del valiente Gedeon!!! Pero al fiero Abimelec nada mueve, nada horroriza. Quiere subir al trono, y nada importa que sea por un camino de sangre fraterna.

Despues de esta horrible matanza, volvió Abimelec á Siquem, como á pedir el premio de la accion mas atroz y detestable que acaso se vió hasta entonces, y le recibió en efecto. Todos los varones de Siquem y todas las familias de la ciudad de Mello se juntaron al rededor de una encina que habia en la misma Siquem, y allí proclamaron rey al cruel Abimelec. Cuando esto llegó á noticia de Joatan, único que se habia librado del degüello, subió al monte Garizin á cuyo pié estaba la ciudad de Siquem, y alzando cuanto pudo su voz, gritó diciendo : Oídme, varones de Siquem. Así os oiga Dios. Fueron los árboles á ungir un rey sobre sí y dijeron á la oliva : Reina sobre nosotros, la cual respondió : que no podia dejar su grosura, de la que usaban los dioses y los hombres para venir á reinar sobre los árboles. Fueron despues á la higuera y la dijeron : Ven y toma el reino sobre nosotros. No puedo yo, respondió, dejar mi dulzura y mis frutos suavísimos para reinar sobre vosotros. Despedidos por la oliva y por la higuera se encaminaron á la vid y la dijeron : Ven y manda sobre nosotros ; pero la vid respondió : ¿Por ventura puedo yo dejar mi

vino, que es la alegría de Dios (en las ofrendas) y de los hombres (en las mesas), para mandar sobre vosotros? Entonces los árboles, cansados de buscar rey, se fueron al espino y le dijeron : Ven y manda sobre nosotros. Está bien, respondió el espino. Si verdaderamente me constituís vuestro rey, venid y descansad á mi sombra : pero si no me quereis, salga fuego del espino y devore los cedros del Libano.

Aquí concluyó Joatan su apólogo ó locucion parabólica, en la que habia hecho hablar á las cosas inanimadas, á los árboles, á la oliva, á la higuera, á la vid y últimamente al espino para anunciar las verdades que queria decir á los Siquimitas. Estos apólogos ó parábolas fueron muy usados entre los antiguos, y particularmente entre los orientales, y este es quizás el primero de que se tiene noticia. Joatan deja ya aquí los rodeos y las alusiones y les habla claramente, diciendo : Ahora, pues, varones de Siquem, si justamente y sin pecado habeis establecido por vuestro rey á Abimelec y os habeis portado bien en esto con Gedeon y con su casa ; y habeis correspondido á los beneficios de aquel que combatió por vosotros y expuso su vida á los peligros por libraros de las manos de Madian... Si habeis procedido bien, levantándoos contra la casa de mi padre, quitando la vida á sus hijos, sesenta y nueve varones sobre una misma piedra, y estableciendo por rey sobre los habitantes de Siquem á Abimelec hijo de una esclava suya, porque es vuestro pariente... Si os habeis, pues, portado en esto con justicia y sin pecado con Gedeon y con su casa, alegráos hoy con Abimelec y alégrese él con vosotros ; mas, si habeis obrado perversamente, salga fuego de Abimelec y devore á los habitantes de Siquem, y salga fuego de Mello y devore á Abimelec. Al concluir estas palabras huyó Joatan á Bara y habitó allí por temor de Abimelec.

Reinó, pues, Abimelec tres años sobre Israel, y envió el Señor un espíritu pésimo entre Abimelec y los habitantes de Siquem, los cuales comenzaron á detestarle y á

cargar la atrocidad de la muerte de los sesenta y nueve hijos de Gedeon y el derrame de su sangre sobre Abimelec y sobre los otros príncipes de Siquem que le habían ayudado con el dinero del templo de Berit; y llegaron á poner contra Abimelec emboscadas sobre lo alto de los montes, esperando que volviese de Efra, donde tenia su residencia, para sorprenderle; pero Abimelec tuvo noticia de esto y sorprendió á los que trataban de sorprenderle. Vino sobre Siquem con todo su ejército, y despues de batirla por un dia, la tomó, pasó á filo de espada á todos los Siquimitas, abrasó la ciudad y la sembró de sal para que jamás llevase frutos ni volviese á ser poblada; y ya aquí tuvo entero cumplimiento la maldicion que Joatan habia echado á los Siquimitas, diciendo: *Si habeis obrado perversamente, salga fuego de Abimelec y devore á los habitantes de Siquem.*

Cuando los que se hallaban en la torre llamada de *Siquem* por su cercanía á esta ciudad, vieron abrasada y arrasada á Siquem, corrieron á encerrarse en el templo de Berit, donde habían hecho el pacto abominable de que fuese este ídolo su dios. Este templo era muy fuerte, pero muy infame, y el Señor destruyó de un golpe al ídolo y á los que le adoraban. Abimelec subiendo con sus tropas al próximo monte Selmon, tomó una hacha, cortó una rama de árbol y cargándola sobre su hombro, dijo á sus soldados: Esto que me veis hacer, hacedlo tambien vosotros al momento: y ellos cortando ramas de árboles á porfía, las cargaron sobre sus hombros, imitando á Abimelec, quien luego se dirigió á la torre de Siquem seguido de sus tropas, la cercó y rodeó del monte de leña que llevaban, la puso fuego, y abrasó la torre y el templo con el dios que habían escogido y mil personas hombres y mujeres que habia en él.

De aquí pasó Abimelec á Tébas, que distaba cuatro leguas y era otra de las ciudades rebeladas contra él. Habia en medio de la ciudad una torre muy alta, y todos los habitantes hombres y mujeres, y todos los príncipes,

abandonaron la ciudad y se encerraron en la torre. Aseguraron bien la puerta y se subieron sobre el techo para defenderse. Llegó Abimelec con su ejército á la ciudad y hallándola desamparada, se dirigió á la torre, la cercó y principió á batirla fuertemente. Se acercó él mismo á la puerta, y estando en el empeño de incendiarla, una mujer arrojó desde lo alto un pedazo de piedra de molino, que cayendo sobre la cabeza de Abimelec, le rompió los sesos. Al verse herido de muerte, llamó á su escudero y le dijo: Saca tu espada y mátame, porque no se diga que por una mujer he sido muerto, y el escudero le mató, haciendo lo que le mandaba. Con esto quedó tambien cumplida la maldicion que Joatan habia echado á Abimelec, diciendo: *y salga fuego de Mello (Tébas) y devore á Abimelec.*

La muerte de este malvado, quien llamó Dios en lo mas fuerte de su vida y sin haber llegado al medio de su carrera, para que diese cuenta de sus crueldades en su tribunal divino, dió fin á su tiranía. Los cómplices de sus abominaciones le abandonaron en su muerte, dejaron en paz á los defensores de la torre y se retiraron á sus casas. Abimelec, indigno de la naturaleza, oprobio de la buena memoria de su padre, verdugo de sus hermanos... viene á morir con afrenta al golpe de una mujer, y á concluir con horror su sangriento reinado.

TOLA, SÉTIMO JUEZ.

Los delitos de Abimelec, su invasion á la soberanía del pueblo del Señor y su fin trágico hicieron tanto ruido en toda la nacion, que viéndose libre del tirano, solo pensó en evitar que le sucediese otro tirano que quisiese ser tambien rey. Á fin de evitarlo, eligió inmediatamente por juez á Tola, hijo de Fua, de una familia muy principal de Israel. El nuevo juez estableció su tribunal en Samir, ciudad situada sobre la montaña de

Efrain, desde donde estaba á la mira de todas las tribus, y adonde venian todas á recibir sus órdenes y la decision de sus pleitos en última apelacion. Era de Efrain la ciudad de Siquem, donde se habia elegido un rey contra la constitucion del Estado que tenia á Dios por monarca, y se cree que Tola, hombre tan piadoso para con Dios como celoso contra los ídolos, fijó allí su residencia para desterrar estos escándalos capitales y evitar su repeticion.

Allí juzgó á Israel veinte y tres años, y allí murió y fué sepultado. Nada mas nos dice de Tola el historiador sagrado; pero no se puede dudar que tuviese mucho que pelear y mucho que sufrir en una judicatura de tantos años y de tan funestos antecedentes. La idolatría, aquel manantial inagotable de las desdichas del pueblo de Israel, habia hecho, como hemos visto, progresos espantosos despues de la muerte de Gedeon, y estos progresos se habian continuado en el tiempo de los alborotos y atrocidades de Abimelec. Tola logró contenerlos, y si no consiguió desterrar la idolatría de todos los Israelitas en particular, consiguió desterrarla de la nacion en general. La prueba de esto es que el Señor en su tiempo no envió castigos sobre ella.

JAIR, OCTAVO JUEZ.

Á Tola sucedió Jair, del pais de Galaad, de la media tribu de Manasés. Era un hombre poderoso, y tenia treinta hijos que cabalgaban en treinta pollinos (señal de grandeza en aquellos tiempos) y gobernaban treinta ciudades llamadas de *Jair* del nombre de su padre ó de su ascendiente Jair, hijo del patriarca Manasés. Jair juzgó á Israel veinte y dos años. Murió al concluirlos y fué sepultado en una ciudad de Galaad llamada *Camon*. Nada mas dice de Jair el sagrado texto; pero en el tiempo de su judicatura debió continuar Israel con los

mismos sentimientos en que habia quedado cuando murió su antecesor, porque tampoco hubo en estos veinte y dos años castigos del Señor; de modo que en los cuarenta y cinco años que gobernaron á Israel estos dos jueces, el pueblo fué fiel al Señor y vivió en paz.

No se dice porqué no eligieron un sucesor á Jair, como lo habian hecho luego que murió su antecesor Tola; pero sí que, despues de su muerte, los hijos de Israel, añadiendo maldades nuevas á las antiguas maldades, volvieron á hacer lo malo delante del Señor. Sirvieron á los ídolos de las naciones que les rodeaban; á los Baalines, á los Astartes, á los dioses de Siria, de Sidon, de Moab, de los hijos de Amon y de los Filisteos, y... ¡qué maldad! dejaron al Señor y ya no le dieron culto. Entonces el Señor en gran manera irritado contra ellos los entregó en manos de los Filisteos por el occidente, y en las de los Amonitas por el oriente, porque los Israelitas ningunas lecciones tomaban mejor que las que les daban sus enemigos con la espada en la mano. Diez y ocho años fueron oprimidos reciamente por estos enemigos, y solo una leccion tan prolongada y terrible pudo recabar con ellos que abandonasen los ídolos; porque al fin afligidos hasta el extremo, les fué preciso ceder de aquella propension á la idolatría que parecia estar internada en los tuétanos de sus huesos. Ellos no ignoraban que el origen de sus males eran sus idolatrías, y que su remedio solo se podia encontrar en la misericordia del Dios que les castigaba; pero habian sido ya infieles á sus promesas tantas veces, que con razon temian no ser escuchados. Sin embargo contaron con una misericordia que no tiene límites, y sobre este apoyo se determinaron á fundar sus esperanzas.

Se dirigieron, pues, al Señor y clamaron diciendo: Hemos pecado, porque hemos dejado al Señor nuestro Dios y hemos servido á los ídolos. No merecian ser oídos, y si el Señor hubiera guardado silencio y no hubiese dado muestras de que escuchaba sus clamores, todo ha-

bria sido desesperado y perdido para estos criminales; pero aun tuvo la bondad de entrar en cuenta con ellos, y esto era ya un feliz anuncio de que serian perdonados. ¡Pues qué! les dijo el Señor, ¿no os oprimieron los Egipcios y los Amorreos, y los hijos de Amon y los Filisteos, y tambien los Sidonios, y los Amalecitas y los Cananeos, y clamásteis á mí y os libré de sus manos? Y no obstante me habeis dejado y habeis dado culto á dioses ajenos. Por esto no volveré ya á libraros. Id, y clamad á los dioses que elegisteis, y que os libren ellos en el tiempo de la angustia. Los Israelitas no se desanimaron por una reprension tan justa y tan terrible. Contaron en el Señor no con un enemigo que oculta su enojo para asegurar el golpe de su venganza, sino con un padre que manifiesta á sus hijos su indignacion y sus quejas para traerlos al arrepentimiento y á la enmienda.

Léjos, pues, de intimidarse redoblaron sus clamores y sus súplicas. Sí, Señor, dijeron, hemos pecado: haced lo que querais de nosotros; castigadnos como mas os agrade; pero no permitais por mas tiempo que pueblos incircuncisos tiranicen á vuestro pueblo: y diciendo esto corrieron á destruir los ídolos, derribar los altares y desterrar de Israel todos los dioses ajenos, y se entregaron á servir solo al Señor, que compadecido de sus miserias y dulcemente llevado de estas señales de su arrepentimiento, principió á mirarles con misericordia. Ya no se amedrentaron como en los años anteriores, aunque vieron venir á los Amonitas en la estacion acostumbrada, como lo habian hecho en otro tiempo los Madianitas. Se reunieron en Masfat y se prepararon para salirles al encuentro; pero no tenian general y era preciso elegir uno que dirigiese la accion; y como el Señor aun no se habia explicado, fué necesario recurrir á las reglas ordinarias. Despues de medio siglo que habia pasado desde la guerra de Gedeon con los Madianitas, y sobre todo, despues de diez y ocho años que vivian en la esclavitud, bajo el yugo de los Filisteos y los

Amonitas, era difícil hallar un hombre á quien adornasen las prendas necesarias para dirigir el ataque con acierto. En este apuro tomaron una resolucion singular, al parecer imprudente; pero que tuvo un resultado feliz porque era inspirada por el Señor. El primero, dijeron todos los principes que se habian reunido, el primero que comience el combate contra los hijos de Amon, ese será nuestro general.

JEPTÉ, NONO JUEZ.

Era Jepté un hombre valeroso, originario del pais de Galaad, é hijo de un Israelita de la media tribu de Manasés, que se llamaba *Galaad*. Jepté no habia nacido de matrimonio legítimo, mas su padre le habia reconocido por hijo, le habia criado en su casa y á su lado, y le habia dado una educacion esmerada, pero tuvo otros hijos de matrimonio legítimo, y estos, luego que murió su padre, le echaron de casa, diciéndole: Tú no serás heredero en la casa de nuestro padre, porque has nacido de otra madre (que no era legítima como la nuestra). Jepté arrojado de la casa de su padre por sus desapiadados hermanos, huyó de ellos y caminando hácia el norte, llegó á la tierra de Tob en el extremo de la media tribu de Manasés y habitó allí. Tenia Jepté una inclinacion guerrera, y como en todas partes hay gentes sin destino, luego se le reunieron estas gentes y le seguian como si fuera su príncipe, dice el sagrado texto. Jepté les propuso ir á hacer correrias á las tierras de los Amonitas, enemigos del pueblo de Dios, como lo hizo despues David. En efecto, entraban de repente en las tierras de Amon, arrebatában sus bienes y ganados y se volvian, prontos á repetir la embestida en la primera ocasion que la creyesen oportuna.

Cuando Jepté principiaba estas correrias era cabalmente cuando se determinaba en la junta de Masfat que

fuese general de las tropas de Israel el primero que comenzase el combate contra los Amonitas. Apenas se habia tomado esta determinacion, cuando se supo en la junta que Jepté habia principiado la guerra contra los Amonitas, haciendo correrias en sus tierras, y desde este momento ya nadie dudó que Jepté era el escogido por Dios para general de las tropas de Israel. Luego pasaron los ancianos y principales á buscar á Jepté en la tierra de Tob, y suplicarle que viniese á ponerse al frente de las tropas reunidas en Masfat. Venid, le dijeron, sed nuestro príncipe y pelead contra los hijos de Amon. Sin duda iban tambien sus hermanos, porque Jepté les contestó con un resentimiento. ¿Pues qué, les dijo, no sois vosotros los que me aborrecísteis y echásteis de la casa de mi padre? Pero los principales y ancianos se desentendieron de esta queja y le dijeron: Nosotros venimos á buscaros para que vengais con nosotros y peleéis contra los hijos de Amon y seais el general de todos los que habitan en Galaad. Entonces dijo Jepté: Si de veras habeis venido á mí para que pelee contra los hijos de Amon, y el Señor los entregare en mis manos, ¿seré vuestro príncipe? Y ellos dijeron: El Señor que está oyendo las cosas que os prometemos, es testigo de que cumpliremos nuestras promesas. Con esto Jepté fué con ellos á Masfat, y todo el pueblo le hizo su príncipe.

Declarado jefe de la nacion debia entrar en relacion con los reyes. Deseaba Jepté ahorrar la sangre humana, y por mas derecho que tuviese á hacer desde luego la guerra á unos enemigos que talaban y esclavisaban el pueblo de que era ya cabeza, procuró evitarla, porque la guerra, por mas justa que sea, siempre es un mal, un castigo del Cielo, y debe evitarse mientras haya medios justos y pacíficos para conseguirlo. Este proceder de Jepté debiera servir de ejemplo á todos los reyes y gobiernos. Poseido el general de este deseo, envió mensajeros al rey de los Amonitas para que le dijese en su nombre: ¿Qué tienes tú conmigo que has venido contra

mi para desolar mi tierra? Á los que respondió el rey: Porque Israel cuando subió de Egipto, tomó mi tierra desde los términos de Arnon hasta Jaboc y el Jordán, ahora pues, restitúyemela en paz. Jepté volvió á enviarle mensajeros y les mandó que le dijeran: Esto contesta Jepté: Israel no tomó la tierra de Moab, ni la tierra de los hijos de Amon. Los mensajeros volvieron al rey, y le hicieron una exacta y circunstanciada relacion del tiempo y modo con que los Israelitas entraron en posesion de aquella tierra, habia ya mas de trescientos años, sin que jamás los reyes sus antecesores se la hubiesen disputado, y probaron incontestablemente su derecho á poseerla. Pero el rey de los hijos de Amon no quiso dar oidos á las razones que Jepté le envió á decir por los mensajeros.

Voto de Jepté.

Entonces el espíritu del Señor entró en Jepté y le infundió todo el valor que necesitaba para pelear con enemigos tan superiores; porque en efecto, los Amonitas tenían un ejército grande y fuerte, compuesto de tropas reales y veteranas, y Jepté solo contaba con puñado de tropas colecticias y noveles que nunca habian tomado las armas. Sin embargo como la victoria no consiste en la multitud de guerreros, sino en la virtud de Dios, Jepté nada temió. Contó con la proteccion del Señor, y para merecerla hizo un voto, diciendo: Si pusieres á los hijos de Amon en mis manos, el primero, sea el que fuere, que saliere de las puertas de mi casa y viniere á encontrarme, cuando vuelvo en paz (victorioso) de los hijos de Amon, yo le ofreceré al Señor en holocausto. Apenas pronunció este voto partió con su pequeño é indisciplinado ejército á pelear con los hijos de Amon, y el Señor los entregó en sus manos, é hizo una mortandad en gran manera grande en veinte ciudades, y fueron humillados los hijos de Amon por los hijos de Israel.

Hija de Jepté.

Mas cuando Jepté volvía á su casa en Masfat, su hija única, porque no tenia hijos, le salió al encuentro con panderos y con danzas, y al verla, rasgó sus vestiduras, y dijo : ¡Ay de mí! hija mia, tú me has puesto en apuro y tú te has puesto en estrechura, porque he abierto mi boca al Señor (te he ofrecido en holocausto al Señor) y no podré hacer otra cosa. Padre mio, respondió esta doncella piadosa y digna hija de Jepté, padre mio, si habeis dado vuestra palabra al Señor, haced de mí todo lo que habeis prometido, una vez que os ha concedido la victoria y el castigo de vuestros enemigos. Solamente os suplico que me concedais este que pido. Dejadme ir por dos meses á dar vuelta por los montes y á llorar mi virginidad con mis compañeras; y su padre la respondió : Anda, y la dejó ir por dos meses á llorar su virginidad con sus compañeras y amigas; y cumplidos volvió á su padre, y su padre hizo lo que habia ofrecido con la que no habia conocido varon.

Se ha dicho ya varias veces que en Israel era un oprobio la esterilidad porque quitaba la esperanza de que naciese de su descendencia el Mesías, y esto era de lo que se lamentaba Jepté y lloraba su hija única. Por eso nota en este ruidoso pasaje el historiador sagrado que Jepté no tenia hijos. La virginidad fué siempre la gloria de la mujer, y apenas hay causa mas frecuente en los Libros santos que sus alabanzas. Y si las vírgenes de Israel hubieran podido ver que el Mesías no nacería de una casada, sino de una virgen, es bien seguro que la virtuosa hija de Jepté habria multiplicado sus panderos y sus danzas al saber que su piadoso padre la habia consagrado al Señor con su voto; ó mas bien que el Señor, haciendo que fuese la primera que se presentase á su padre cuando volvía victorioso, la habia elegido para que fuera una virgen consagrada á su divino servicio todos los días de su vida.

La fidelidad y constancia de Jepté en el cumplimiento de un voto que le privaba de descendencia en Israel y concluía con su casa, y la generosidad y piedad de su hija en someterse á él sin alegar una sola excusa de las muchas que tenia á su favor, asombraron á todos los hombres y atrajeron á esta admirable jóven tanta estimacion de todas las hijas de Israel, que para conservar la memoria del sacrificio de la hija de Jepté se juntaban todos los años cada una en su pueblo á llorar por cuatro días y celebrar con canciones la virtud y la constancia de la hija de Jepté.

Soberbia de los Efraimitas.

Mas por sensible que fuese á Jepté renunciar á las grandes esperanzas que fundaba en el casamiento de su hija única, mas sensible debió serle verse obligado á derramar la sangre, no ya de los incircunsisos, sino de los mismos hijos de Israel. La tribu de Efraim fué la causa de este derramamiento de sangre y de ella fué derramada. Ensoberbecida esta tribu con el nombre de José, de quien descendía, se arrogaba privilegios que la hacian insufrible á las demás tribus. Salvar á su pueblo era un delito á un Israelita si no lo hacia con su consentimiento ó por sus manos. Esta tribu soberbia y envidiosa no podia sufrir los buenos sucesos de cualquiera persona que no fuese de su tribu. Ella puso á Gedeon en el peligro de no concluir la victoria contra los Madianitas, y aun de convertirla en una guerra civil; y si Gedeon no hubiera dejado á la Justicia divina el castigo de sus injurias, para continuar en seguimiento de los reyes de Moab, la victoria no se habria completado. La Justicia divina aun no habia castigado las altanerías de esta tribu peligrosa, y ahora parece que va á ejecutar este castigo.

Desde Gedeon, á quien los Efraimitas trataron con la

mayor insolencia, ningún juez se había adquirido tanta fama como Jepté, y esto bastó para que les fuese odioso. Los beneficios de la victoria de Jepté se habían extendido hasta Efrain, porque esta tribu sufría mas de los Amonitas que muchas de las otras. El vencedor de Amon tenía gran derecho á esperar de los Efraimitas todo género de agradecimiento y las mas cumplidas enhorabuenas; pero entre hombres envidiosos con dificultad se encuentran hombres agradecidos. Léjos de felicitar á Jepté por su victoria, juntaron sus tropas, pasaron el Jordán y fueron á pedir á Jepté una satisfaccion porque había librado á Israel de sus enemigos sin contar con ellos, y á castigar su atrevimiento. Era esto el extremo de la ingratitud y la insolencia, y no permitió el Señor que dejase de saber con tiempo Jepté sus intenciones para prevenirse á recibirlos.

En efecto, se presentaron orgullosos á Jepté, y con un tono soberbio le dijeron: ¿Porqué, yendo á pelear contra los Amonitas, no nos quisiste llamar para que fuéramos contigo? Pues encenderémos tu casa; á los cuales respondió Jepté: Mi pueblo y yo teníamos fuerte reyerta contra los hijos de Amon y os llamé para que me diérais socorro, y no quisisteis hacerlo: lo cual visto, puse mi alma en mis manos, y pasé á los hijos de Amon, y el Señor me los entregó. ¿En qué he merecido yo que os levanteis contra mí en guerra? No era ciertamente acreedora á una justificacion tan completa y comedida la altivez de los Efraimitas, y por poco que amasen la paz, debian darse por satisfechos, pero querian la guerra, y la guerra recibieron.

Castigo de los Efraimitas.

Jepté estaba bien prevenido y recibió el ataque de los Efraimitas con firmeza, animó á sus tropas, reunió su valor y se arrojó sobre los Efraimitas con tal ímpetu,

que los que no murieron en el campo, fueron desordenados de modo que no quedó soldado con soldado. Los vencedores ocuparon los vados del Jordán por donde habían de pasar los Efraimitas dispersos, y cuando alguno de estos llegaba al vado y les decia: Os ruego que me dejéis pasar; le preguntaban: ¿Eres Efrateo? y respondiendo: No lo soy, ellos le replicaban: Pues di *Scibboleth*, que significa espiga; y el Efraimita decia *Scibboleth*, no acertando á pronunciar el nombre de *espiga* con la letra *C*, que la correspondia, y al momento se apoderaban de él, le mataban y arrojaban al rio; y murieron en esta guerra soberbia é insensata cuarenta y dos mil Efraimitas en un solo dia. Esta derrota de los Efraimitas y la anterior de los Amonitas trajeron á Jepté la gloria de libertar á Israel, y á Israel la paz que tanto deseaba y necesitaba.

Para conservarla era preciso merecer los favores del Señor y no irritarle con la idolatría y abandono de su divino culto, y Jepté lo consiguió, manteniendo la pureza de la religion en los seis años de su judicatura. Murió en paz y fué enterrado en la ciudad de Galaad con el honor correspondiente á un héroe. Poco tiempo gobernó en comparacion á los dos jueces sus predecesores; pero su administracion fué con exceso mas gloriosa por la singularidad y grandeza de sus acciones; y su fe mereció ser elogiada por san Pablo y contada con la de Gedeon, Barac, Sanson, David, Samuel y los profetas.

ABESAN, AHILON Y ABDON, DÉCIMO, UNDÉCIMO Y DUODÉCIMO JUEZ.

No hay judicaturas mas escasas de noticias que la de estos tres jueces. Vamos á copiar literalmente lo único que de ellos nos dice el historiador sagrado. «Despues de este (Jepté) juzgó á Israel Abesan de Betlehem; el